

el éxito de sus esfuerzos. ¿Qué guerra ha sido coronada con un suceso mas completo y glorioso! Chile, que miraba a Santa-Cruz como un enemigo suyo irreconciliable; que podia mejor que nadie apreciar la sinceridad de sus declaraciones y el valor de sus protestas conciliatorias; que instruido por una fatal experiencia debia mirar el poder supremo de Bolivia, depositado en aquel jefe ambicioso, como una amenaza permanente contra su propio reposo y contra la independencia de todos los estados sudamericanos; Chile hubiera consentido, por amor a la paz, en hacerla con Santa-Cruz desde el momento que renunciaba a toda pretension sobre las Repúblicas vecinas. Pero la Providencia se ha dignado premiar la justicia, el desinterés, la constancia de Chile, colmando la medida de sus votos. No solo ha sido disuelta la Confederación, sino castigado su autor del modo mas ejemplar y terrible. Santa Cruz, humillado en Yungai, cargado con la maldición del Perú, se ha visto al mismo tiempo depuesto en Bolivia, y forzado a buscar asilo bajo el pabellón de una potencia extranjera.

Esta repentina catástrofe, en que la fortuna ha hecho una burla amarga de los proyectos gigantescos de Santa-Cruz y de las esperanzas de sus ilusos admiradores, es en realidad una consecuencia natural de antecedentes que estaban a la vista del mundo. Toda obra que no es triba sobre los cimientos eternos de la moral y la justicia, es efímera. Se nos criticará, tal vez, porque inculcamos una verdad trivial, que es el primer dogma de casi todos los símbolos políticos. Pero ¿son muchos los que creen sinceramente en él? ¿Puedo suponerse que ese dogma haya tenido algun lugar en la fe íntima de los panojeristas de Santa-Cruz, que han sido testigos de los crímenes con que se fraguó, se plantó y se ha procurado sustentar la Confederación Perú-Boliviana?

Es de esperar que la reciente revolución del Perú y de Bolivia haga al fin abrir los ojos a los diaristas y revisores europeos, que tan lastimosamente han sido engañados acerca de la naturaleza de la guerra que Chile y las Provincias Argentinas han hecho al jeneral Santa-Cruz, y en orden al carácter, sentimientos y miras de los dos partes contendientes. Pocos ejemplos podrán citarse de una ilusión mas completa ni menos fundada. Ellos acusaban a Chile de intervenir a mano armada en los negocios de un estado extranjero, cuando su objeto era visiblemente vindicar los derechos de un pueblo hermano, vulnerados por una interes-

sa especie. Ellos acusaban a Chile de injusto, como si hiciese la guerra a un poder lejítimo, y no a un usurpador, que a pretexto de restituir el orden legal en el Perú, lo conculcó descaradamente, estronizándose sobre sus ruinas. Ellos acusaban a Chile de temerario, porque con los débiles medios de un estado naciente arrostraba los peligros de una guerra exterior, y osaba medirse con el poder, comparativamente colosal, del dominador de Bolivia y del Perú; pero los sucesos han hecho ver que Chile habia calculado mejor que ellos sus propios recursos y los de su enemigo; y que un golpe era bastante para hacer pedruzca ese coloso, como el del sueño de Nabucodonosor. Ellos acusaban a Chile de perjudicar con esta guerra a los intereses del comercio extranjero, como si a estos intereses debiese sacrificarse todo, y como si no fuese un hecho innegable que el comercio extranjero apenas ha sentido la guerra, y que ningun beligerante ha llevado jamas al punto que Chile las contemplaciones a ese mismo comercio. Ellos nos acusaban de querer dictar leyes a un estado extranjero, cuando esto era cabalmente lo que habia hecho y queria seguir haciendo Santa-Cruz, que desechó, como todos saben, el medio propuesto por Chile, de someter la controversia a la libre decision del pueblo peruano. Ellos acusaban a Chile de insistir en dar a sus vecinos una libertad que rechazaban, contentos y felices bajo la administración paternal de Santa-Cruz; y acabamos de ver que esa administración carecia de toda popularidad, de todo prestigio, aun en el pais que habia dado el ser a Santa-Cruz y le habia estado sujeto diez años. En tres semanas le hemos visto vencido, fugitivo, abandonado, proscrito por la voz unánime de todos los pueblos. Su pretendida misión divina no pudo prender en ellos ni una sola chispa de entusiasmo. El nuevo Maaco-Cápa, que, segun el *Foreign Quarterly*, era llamado espontáneamente por los pueblos para que visitase a civilizarse, hubiera sido victima del odio público, sin la afortunada interposición de un caudal y un buque de guerra extranjero.

Es de esperar (repetimos) que esos respetables periodistas serán mas cautos en adelante, para no dejarse sorprender por informes apasionados, y que, con mejores datos, harán justicia a los sentimientos y a la conducta del Gobierno Chileno.

SANTIAGO.

Imprenta y Litografía  
DEL ESTAD!

## EL ARAUCANO

Triunfo Chile: la Confederación Perú-Boliviana no existe.—Contemplemos un momento los principios y el fin de esta hecha memorable, tan gloriosa para el nombre chileno.

Chile pelaba por la disolución del pretendido sistema federal de Santa-Cruz, ideado para disfrazar la conquista, y servir de andamio a un imperio: pelaba por la libertad del pueblo peruano, cuyos sufragios no habian sancionado jamas aquella obra del crimen; pelaba por la conservación del orden público de los estados americanos, que iba a verse amenazado de peligros continuos, desde que se reconociese que los disturbios internos de uno de ellos justificaban la intervención armada, y debían a cualquier jefe extranjero una misión divina para someterlo a su yugo. ¿Qué guerra hubo nunca emprendida por motivos mas justos, mas grandes, mas generosos? En tanto grado lo eran los de Chile, que la pureza misma de este desprendimiento magnánimo lo hacia parecer increíble, y daba un color espantoso a las calumnias de sus contrarios.

A lo justo, a lo puro de las intenciones de Chile ha correspondido